

Al derredor de la familia

3-2 1
("La Nación", Buenos Aires (R. A.) 12 enero 1908).

AL DERREDOR DE LA FAMILIA

(Para LA NACION)

SALAMANCA, diciembre de 1907.

Mi correspondencia titulada «Tres generaciones» que apareció en el número 2 del pasado noviembre en estas páginas, me ha valido algunas observaciones, recibidas en cartas, de que quiero hacer cargo.

En una de estas cartas se me habla con gran tino y acierto de la constitución de la familia en esos países nuevos, acrecentados por inmigración en buena parte y donde con sobrada frecuencia falta una larga tradición dentro del hogar doméstico.

Y ello me ha recordado las altísimas y nobles manifestaciones con que el doctor Padilla terminó el magnífico discurso que el 25 de agosto de 1902 pronunció en esa cámara de diputados en contra del proyecto de ley de divorcio. (Y debo hacer aquí constar, entre paréntesis, que el volumen de la publicación oficial de aquellos debates, volumen que he hecho leer á no pocos amigos, es, á mi juicio, una de las más altas muestras de la cultura del pueblo argentino. Hay en él de una parte y de otra, de los divorcistas y los antidivorcistas, más doctrina y más espíritu que en casi todas las obras puramente literarias que de por ahí nos llegan. Y como sobre esto he de volver, cierro el paréntesis).

Digo, pues, que en aquellas elevadas consideraciones del Dr. Padilla se encierra el núcleo de este problema.

Los pueblos acrecentados en gran parte por inmigración es como si se encuentran surcados por un gran río de aguas torrentosas y para conservar su tierra firme, su tradición nacional, necesitan de arraigados y firmes árboles en las orillas, árboles que defiendan las tierras y hagan que el río las fertilice y no las arrastre. Esos árboles son las familias.

«Nosotros—decía el Dr. Padilla—no nos preocupamos de hacer una gran estancia con el criterio puramente adventicio de lo material; queremos consolidar una nación y definir un pueblo...» «Queremos—añade—una nación, queremos algo que sea propio, algo que sea argentino, como es el territorio... Por eso debemos cuidar la familia como el crisol donde se funden las ideas y se unifican las tendencias... es allí donde se forma el carácter nacional, es allí donde, se puede decirlo, late la esperanza de la patria.»

Y estas familias argentinas—y quien dice argentinas dice de otras naciones americanas formadas también por inmigración—tienen sus tradiciones, más ó menos remotas, en familias de este viejo mundo, españolas ó italianas en su mayoría. Y su íntima tradición tiene sus raíces en tradiciones familiares de este viejo mundo, aquí su remoto hogar.



(1.) Publicado en "mi religión y otros ensayos..."



VNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDO.SUALES

Cuentan de los antiguos romanos que cuando tenían que trasladarse de domicilio llevaban consigo un puñado de las cenizas de sus antepasados, para depositándolo en la nueva tierra sobre que establecieran su nuevo hogar, basar así la continuidad de la familia. Para todo hombre bien nacido su propio corazón debe ser no ya cenizas sino carne viva de sus antepasados, y todos los pueblos fuertes tuvieron siempre el culto de su ascendencia.

Y es este culto tan necesario, obedeciendo á un principio tan vital para las sociedades, que en esas llamadas democracias jóvenes, tan envanecidas de su juventud, es fortísimo el prurito por el patriado. Podrá no haber aristocracia ó nobleza oficial como la de estas viejas naciones europeas, pero suele formarse un patriado no menos coloso de sus prestigios, y puesto que hay que decirlo todo—más ridículo si cabe que nuestra aristocracia cuando extrema esos prestigios. La experiencia nos enseña á desconfiar del democratismo que consiste en suprimir ducados, marquesados, condados y condecoraciones ó en llamar ciudadano á éste ó al otro. A más de un americano que viaja por España le sorprende la singular llaneza y sencillez de los más de nuestros aristócratas, así como á los españoles que han vivido en América ó á los que sin haber vivido en ella la conocemos algo de un modo ó de otro nos hace sonreír el singular aprecio que allí parece darse al título de doctor, que viene á ser algo así como una especie de pergamino de nobleza no hereditaria.

Mas dejando de lado estas flaquezas humanas, que son de todos los tiempos y de los países todos, es el hecho que un cierto culto de la tradición familiar, de los antepasados, es indispensable para cimentar sobre cimiento sólido el culto á la tradición nacional y con este culto el sentimiento de la patria.

A mi parecer y mi gusto las páginas más intensas y hondas con que cuenta la literatura argentina, y que figuran entre las más hermosas páginas escritas en lengua castellana, son las que en sus «Recuerdos de provincia» dedicó Sarmiento á la casa de su madre. Son páginas que debieran hacerse leer á todos los descastados, aun á riesgo de que se sonrieran encogiéndose de hombros, y á todos los cosmopolitizantes á todo trance. Porque es muy fácil decir que no hay más patria que el mundo y otros aforismos igualmente abstractos, pero es el caso que viniendo á lo concreto nos encontramos con que no sienten el mundo los que no han sabido sentir su propia patria y que cosmopolita y universal no son términos que coinciden ni mucho menos.





Dudo que haya habido en esa república quien trabajara por europeizarla más que Sarmiento trabajó por ello. Su concepción y su sentimiento de la civilización en cuanto opuesta á la barbarie, á lo que él tenía por barbarie, su fe en el frac en contraposición al poncho, es algo que nos hace hoy sonreír. Ya Alberdi, espíritu más reposado y más sutil, aunque mucho más vigoroso y genial, le llamó la atención sobre ello, insinuando que no por cambiar de traje se cambia de espíritu á las personas, y las observaciones de este sutil pensador deberán tener muy en cuenta los que se creen que la civilización es corbata, camisa planchada, frac, calles bien macadamizadas, etcétera, etcétera. Sarmiento era lo que por acá llamamos un buen progresista y hay que alabar sin tasa la candidez de su fe en ciertos «adelantos» que después han resultado meramente exteriores. Pero por debajo de todo eso llevaba un íntimo fuego sagrado.

Por debajo de su cosmopolitismo intelectual llevaba un cierto regionalismo ó hasta localismo cordial. Hay que oírle cuando nos habla—porque este hombre hablaba más bien que escribía, con la pluma—de su San Juan y cuando se complacía en detenerse en recuerdos de provincia y más aun que de provincia, de familia. El progresista afrancesado se detiene á contarnos con delicia cómo entre las personas de la intimidad de su familia había que conservaban hasta en el habla viejos giros tradicionales castellanos. Todo un perfume de los tiempos de la colonia se exhala de aquellos recuerdos, y Sarmiento sabía bien que la patria independiente era hija, ó mejor aun, era continuación de la colonia.

Este formidable progresista me resulta uno de los más profundos tradicionalistas.



3-2 4

AL DERREDOR DE LA FAMILIA.

Y siempre resulta así en todos aquellos hombres de corazón y de cabeza para quienes el progreso no es una cosa abstracta y mecánica sino algo concreto y vivo, es decir, el proceso mismo de la tradición. Y si vamos al fondo veremos cómo reposaban todo ello en su manera de sentir la familia, en su culto a sus antepasados.

En otro muy hermoso discurso del mismo debate sobre el proyecto de ley de divorcio susomentado, en el discurso que el 2 de septiembre de 1902 pronunciara el Sr Avellaneda, encuentro este novilísimo pasaje: "Hay mucho de bueno, de sano, en nuestras costumbres, en nuestros sentimientos y por eso, y nada más que por eso, no se escurren tan pronto los anillos nupciales de los dedos de los desposados; por eso pueden prolongarse los días felices del amor, al abrigo de las tradiciones honestas de nuestros hogares; pero yo digo: defendamos nuestro tesoro y no incitemos la ~~in~~ inconsciencia indígena que entrega oro en cambio de cuentas de vidrio europeo. ¡Hasta cuándo, señor presidente, repito, hemos de estar incitando la inconsciencia indígena que entregaba ~~oro~~ en cambio de cuentas de vidrio europeo!"

¡Cuanto y no cuánto no podría darse de las cuentas de vidrio europeo, que llevan una vez una marca y luego otra! Hoy la marca más en boga parece ser la de Nietzsche, que está produciendo, merced a un traje que se visten, véngales o no a la medida, una de sobrehombres que mete miedo. Sobrehombres que sin haber leído en su vida con atención y buena fe el Evangelio y sin saber una palabra ni de la historia y vida del cristianismo ni de otra cosa alguna se declaran anticristianos y espetan todo género de vulgaridades y superficialidades del más abominable "dilet-





tantismo". Para estos sobrehombres, con su reluciente collar de cuentas de vidrio ?qué son las tradiciones familiares? ?qué es la piedad hacia los ignotos abuelos?

Como español -y lo soy hasta los tuétanos, y más español cuando siento en mí el doloroso impulso de decir amargas verdades a mis compatriotas- como español estoy reconocida al mismo Sr. Avellaneda cuando en el mismo elocuentísimo discurso atribuía a una tradición de hidalguía española en el carácter nacional argentino el que se mantenga en esa sociedad el matrimonio por amor sin que se haya descendido al matrimonio-contrato "que es simplemente el enlace de dos intereses, de dos vanidades que se entienden". Al leer esto se sonreirán acaso desde sus alturas más allá del bien y del mal los sobrehombres con collar de cuentas de vidrio que han leído a Nietzsche traducido del francés al castellano o a lo sumo traducido al francés.

Aquí, como si lo viera, uno de esos católicos profesionales, de los que repiten la necesidad de mis paradojas y mi enrevesamiento -simpleza que a partir de aquí va corriendo, como sante y seña, de boca en boca de mentecatos- uno de esos de este o ese pueblo, me para y me dice: "pero, hombre, tú que estas echando chinitas de continuo al catolicismo cuando has querido apoyar tus consideraciones en este respecto has tenido que acudir a dos oradores católicos".

De esto pienso escribir con extensión y sosiego. Porque, en efecto, yo que no soy católico y que estimo ser la educación católica la principal causante de la mayoría de los males de ~~XXXXXXXXXXXX~~ ~~XXXXXXXXXXXX~~ que esos católicos profesionales inculpan al liberalismo, debo declarar que simpatizo muy poco con el

AL DERREDOR DE LA FAMILIA.



liberalismo español y americano, por más que reconozca la buena fe y hasta la elevación de propósito de muchos de los que lo profesan. Tengo una alta idea, v. gr. de los señores que en el debate aquel apoyaron el proyecto de ley de divorcio; me parecen, juzgados al través de sus discursos, hombres cultos, instruidos, de buena fe, patriotas y que se esforzaban por ser tolerantes y no aparecer sectarios, pero...

Sí, hay un pero. A la música liberal con que acompañaban la letra de sus discursos divorcistas le faltaba un no sé qué de intimidad religiosa, aquel su liberalismo se me aparece, sépanlo o no los que lo profesaban, como ese liberalismo de origen católico en que al perderse la fe en unos dogmas teológicos, y más que teológicos metafísicos, incompatibles con la razón moderna, se ha debilitado, cuando no perdido, el espíritu cristiano independiente de esos dogmas. Es muy distinto, en efecto, el liberalismo de origen volteriano y el liberalismo de origen kantiano y es que Voltaire era, en el fondo, católico, aunque fuese un católico incrédulo, y Kant era un luterano.

Comentando mi correspondencia "Tres generaciones", ha dicho algún diario católico -del catolicismo profesional, quiero decir de aquel de quien es católico por ~~afixia~~ oficio, como puede ser sastre, abogado, carpintero o cómico- que los males que yo allí denunciaba se deben al liberalismo. Tal vez, pero es, entendámonos, al liberalismo de origen católico, a ese liberalismo que ha brotado de una doctrina que pone la fe en la infalibilidad del papa o en las logomaquias metafísicas de la transubstanciación, al igual de la fe en Dios o en las esperanzas evangélicas y que se

AL DERREDOR DE LA FAMILIA



empeña en regatear o negar el título de cristiano a quien no crea que el Cristo nació de otro modo que los demás hombres y no tuvo hermano natural alguno. Ellos se jactan de que quien sale del catolicismo es para ir a dar en el ateísmo o en el indiferentismo religioso. Recojan, pues, los frutos de su doctrina, ya que no sea dable encadenar inteligencias modernas a una metafísica del siglo XIII ni pueda soñarse en sostener el aristotelismo seudocristianizado de Santo Tomás de Aquino después que pasó por el mundo Kant, hijo legítimo de la Reforma. Esa educación llevó en un tiempo a Comte y lleva hoy a Nietzsche, cuyas sendas doctrinas son tan baratas, quiero decir, cuenta tan poco esfuerzo mental de reflexión y meditación el apoderarse de ellas. Porque una y otra filosofía, el comtismo y el nietzschismo están al alcance de las inteligencias más modestas, y resulta un gran consuelo y un gran descanso tanto el saber que no se puede saber nada más allá de donde uno alcanza como el saberse uno sabrehombre que se mueve más allá del bien y del mal y con derecho a la soberbia gratuita. Las tales filosofías y con ellas la literatura orfebresca, decadentista, bulevardera, mercurial, o como quiera llamarse -algunos me entienden, y basta- son como la papilla que se hizo para los estómagos infantiles y flojos: no exigen jugos propios que las digieran.

Y basta por hoy, que aun me queda tiempo para, con el favor de Dios, seguir mi obra.

Miguel de Unamuno.



UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.S.USALES